

Y SI HUBIERA...

Tengo delante la foto que hiciera Pajuelo, verdadero historiador de aquellos años en blanco y negro, el 10 de mayo de 1965. Sé por ella que recibí el sacramento de la Confirmación, pero lo cierto es que la miro con distancia, como si el retratado fuese un extraño pues no logro conectarla con ningún viejo archivo de mi destartalada memoria. La escena es más seria que solemne y aquel niño arrodillado tiene las manos juntas como muestra de respeto y parece que implora el sacramento. Viste la ropa que le hacía su madre en un pueblo pequeño de un pobre país de postguerra y mira, con ojos miedosos, al viejo obispo cuya cara no traduce ninguna emoción. Entre las dos miradas está la mano que bendice, con un anillo pastoral que cae ladeado por su propio peso (dije que no tengo memoria de la escena, pero sé que la piedra del anillo es de color granate, aunque en mi foto se vea negra). El obispo está sentado en medio de los maestros, es menudo pero su figura se crece en el manto brillante bordado en oro, en la mitra con sus ínfulas paganas, el anillo y el báculo que no aparece en la foto.

Bien mirado, el obispo parece perdido en su rutina de confirmar niños para que el Espíritu Santo se avenga a derramar su gracia sobre aquellos pobres, pero no se fija ni reconoce a aquel crío en particular; por el contrario el niño reconoce al obispo y tiembla como un animalillo del bosque que fuera herido en otro tiempo y se encontrara de nuevo con el cazador.

Antes de la Confirmación, los chicos asistíamos con regularidad a catequesis. Por entonces, los que habíamos hecho ya la Primera Comunión nos sabíamos el catecismo de pe a pa y conocíamos bastante bien no sólo los evangelios, con sus milagros, sus parábolas y su sangrienta pasión, sino los episodios más cargados de doctrina del Antiguo Testamento: la creación del mundo, Adán y Eva, el paraíso, la tentación y el pecado original (tan difícil de entender con aquello del árbol de la Ciencia del bien y del mal); Caín y Abel, Noé y el arca del diluvio, la soberbia Torre de Babel, el padre Abraham y su nieto Jacob, el de los doce hijos (Rubén, Simeón, Leví, Judá...) fundadores de las doce tribus de Israel. En fin, aquellos chicos veíamos en el cine los diez mandamientos y sabíamos de memoria las plagas que había de mandar Yahvé (que si las langostas, que si las tinieblas, que si las ranas, la peste o los tábanos) y nos alegrábamos del dolor del faraón ante la muerte de su primogénito, y vivíamos como un triunfo que las aguas del mar Rojo se tragasen su ejército cruel. Desconocíamos por completo lo que había pasado y pasaba en nuestra tierra, sembrada de muertos, pero habíamos hecho el camino del desierto con Moisés, comido el maná, recogido las tablas de la Ley y alcanzado la tierra prometida con Josué y su trompetería.

En mi recuerdo aquella primavera era la del paraíso, con los verdes recién estrenados y una luz que guardo en la memoria tan limpia como la alegría de un niño. Y ya me veo caminando en compañía de Don Samuel y de una chica, ella y yo seleccionados por ser de los mejor adoctrinados de la escuela, la viva demostración de que el cura cumplía debidamente con su misión de salvarnos (el alma, claro, que Don Samuel con el cuerpo no era muy mirado y repartía hostias de muchos tipos). Así que el bueno de Don Samuel, la chica y yo, íbamos hacia Arenas, a pie, a ver al obispo que hacía una visita pastoral y quería comprobar cómo andábamos de catecismo e historia sagrada.

He perdido los detalles del camino, las recomendaciones que, a buen seguro, nos iba haciendo Don Samuel, si debíamos dirigirnos al obispo como

Ilustrísima o como señor obispo, si nos cruzamos con alguien o si la propia carretera era todavía de tierra: la memoria está llena de oquedades que, a veces, rellenamos a voluntad para dar sentido o simplemente colorear los recuerdos. Así que, de golpe, estaba con mis nervios frente al obispo. Alrededor, todo el mundo se resolvió de pronto en un murmullo. No sé bien dónde estábamos, tal vez en algún salón o en la propia iglesia. Tampoco recuerdo si estaba sentado o de pie; ni siquiera sé si Don Samuel estaba o no a mi lado. A decir verdad sentía que estábamos solos el obispo y yo. Cuando me llegó el turno, se dirigió a mí de manera cariñosa y paternal preguntando:

-A ver, hijo, tú ¿sabes quien fue Abraham?

-Yo, con mi lección bien aprendida afirmé con un gesto de cabeza y antes de empezar a hablar el obispo siguió:

-¿Recuerdas que fue lo que Dios le pidió a Abraham que hiciera?

-Claro, le pidió que sacrificara a su hijo Isaac...

-Muy bien y también sabes que fue lo que pasó después...

-Pues que Abraham se dirigió con Isaac al sitio que Dios le indicó y al llegar ató a su hijo, pero cuando iba a degollarlo con el cuchillo un ángel de Yahvé le gritó "Abraham, ya veo que temes a Dios pues no has perdonado a tu hijo unigénito".. y entonces vio un carnero al lado que ofreció en lugar de Isaac.

-Ya veo, dijo el obispo, que sabes bien la historia; ahora quiero que pienses bien y me digas, ¿que crees tú que habría sucedido si Abraham hubiera llegado a sacrificar a Isaac?; ¿habría pecado obedeciendo a Dios?; ¿y si se hubiera negado a obedecer?, ¿habría pecado también?; y bien ... ¿qué crees tú?

¿Qué? Confieso que nunca antes mi mente infantil se había planteado que un relato sagrado pudiera ser diferente a como estaba escrito. Los hechos recogidos en las escrituras eran como eran, fijos, y no tenían otra versión ni cabía plantearse otra posibilidad. ¿No habían sido dictados por el propio Dios? ... Y si las cosas eran de aquella manera ¿Qué demonio le había picado al viejo obispo para hacer semejantes preguntas?; (y si las Escrituras habían sido dictadas por el mismo Dios, ¿cómo era que éste era tan celoso, infantil y cruel?). No sé bien cuanto tiempo estuve callado, con la mente sopesando las imposibles posibilidades de aquella encerrona, pero sí recuerdo que estaba totalmente azorado, que me ruboricé y que comencé a tartamudear algo ininteligible mientras sentía el corazón latir por todo mi cuerpo. ¿Qué se podía decir en aquella situación que no sonase a locura? De golpe me sentí tan confundido como Abraham, a quien Dios le había prometido que sus descendientes serían más numerosos que las estrellas del cielo y ahora le exigía el sacrificio de su hijo. No recuerdo otro momento en toda mi vida en que sintiera tan hondo que todo se había vuelto absurdo y sin sentido.

Ni siquiera pensé en la posibilidad de que aquello fuera una broma involuntaria, que el obispo pretendía tan sólo salir un momento de su rutina y no había acertado con la vía. El viejo del manteo bordado y el anillo gigante debía pensar cosas así en sus ratos de ocio, pero no era consciente al principio del cortocircuito y la parálisis que me había provocado. Por otro lado la sensación ahogo y ridículo que sentía se agravaba al comprobar que mi tarea de representación del pueblo desembocaba en tan rotundo fracaso. De niño se es tan serio a veces... A duras penas contuve las lágrimas -porque yo me sabía el catecismo y las escrituras y no había podido demostrarlo-, de manera que el obispo acabó notando mi embarazo y pensó que había que salir del atolladero por un camino más sencillo. Dijo entonces:

-Bueno, dime solamente una cosa, si Abraham hubiera pecado, ¿tú crees que Dios le habría perdonado?

-No sé, yo creo que no, respondí obnubilado. Estaba tan confundido que dije aquello sin pensar, como si hablara otro. Todavía no me explico la respuesta porque aquella pregunta era bien fácil; la historia sagrada está llena de pecados, crímenes y atrocidades que se perdonan siempre. Estaba completamente turbado y el obispo se dio cuenta. Con voz calmada terminó diciendo:

-No olvides nunca, hijo, que Dios es ante todo amor y perdona siempre, haz lo que hazas, si te arrepientes y te confiesas.

Esto fue todo. La fotografía de mi confirmación fue tomada un tiempo después -no sé cuánto- del sucedido que acabo de referir. El mundo ha dado muchas vueltas y a buen seguro que el viejo obispo ya no tiene dudas acerca de las angustias del patriarca Abraham o del porqué de los caprichos de Yahvé. Yo simplemente he seguido mi camino, he dejado de simpatizar con los que amenazan con el fuego eterno, los que imponen penitencias y mandan plagas... y ahora sé, además, por qué temblaba aquel día de mi Confirmación, por qué sigo temblando para siempre en el espacio congelado de la foto de Pajuelo.

Clave: anawin